

Los caminos de la primavera

Se anuncia como el albor de un sueño, como el resplandor de una dulzura celestial, como el abrazo inédito de una musa gloriosa, que nos va a transportar más allá del entorno diario, entre verbenas de novedades y ferias de asombros. Irrumpe entre fragores de brusquedades, de exaltaciones, de ese carrusel de subida y bajada del tiempo más o menos frío, llenando de esas esperanzas ilusionadas hasta los más cansados ánimos. Esa época del año que como decía Antonio Machado, "es humilde como el sueño de un bendito", nos trae cadencias de eternos onirismos e improntas, colores siempre verdes de la esperanza que subyace en el cojín de nuestros recostados recuerdos de otrora. Esa época alegre, hermosa y variada, que contiene la paleta de colores para poder pintar con el pincel de nuestro entendimiento y deseo, aquellos cuadros que siempre flotaron como hoja llevada por la brisa, en el caballete de nuestros anhelos eternos. La primavera, esa fase templada del año que arranca desde los últimos días de marzo, y transponiendo abril y mayo, termina victoriosa en el final de ese junio gemínico, dándole el espaldarazo del tiempo de la luz íntegra y el calor vivificador del estío en sus días y sus noches.

Llega a través de esa senda de variables constantes, de modificaciones de aire, agua y luz, de sentidos tergiversados por la impronta de la brusquedad, o por el benedicto canto del sol en un esplendor impensado, llenando la vida de todos de nuevas incógnitas, de nuevos deseos, de otras luces. Va integrando la estabilidad de las temporadas, colmando entretiempos, juventudes y adolescencia, mocedades, lozanías; y otro vigor y frescura, producen ese florecimiento y verdor del espíritu, en aquellos que siguen soñando con el éter de sus apetencias nunca realizadas. La primavera llega por ese camino senderado de matas en cmbrión y de árboles en ruptura de sus yemas floridas; llega a través de ese deseo constante que existe en el ánimo, poniendo su acento singular y único en cada una de las horas de sus entrantes. Es esa estación del año que irrumpe siempre de modo esperanzador, flagrantemente llena de ilusiones, y completa de incandescente hermosura. Ese camino que surge pequeño desde los fríos y se va ensanchando, conforme suben en el carro de las ilusiones los deseos de todos, es una de sus maravillosas vías de entrada en el

calor del alma de tantos como la sueñan y desean.

¡Primavera!. Vienes a borrar ese derrotero trazado por la tristeza y las penas de los momentos trascendentes, de aquella otra época de fríos y ateridos sueños blancos invernales; donde la flor estaba seca y muerta, donde el sol se cernía entre brumas y aguas de lluvias gélidas, haciendo de la vida ese opaco y ceniciento espacio de espera trascendente. Y en tu camino esplendoroso, traes canciones mudas de otras horas, ideas recostadas en un rincón del pensamiento, risas que se perdieron entre cintas negras y llantos de lutos. Traes en ese macuto blanco repleto de brotes de flores, azules inmaculados y rojos vivos de ansiedad, aguas claras de sentencias reales, perfumes y aromas de ese amor perdido, que aun residen en la alacena de aquel que se quedó entre la soledad de sus querer; con las lágrimas silentes de la pérdida de

algo trascendentemente amado, que jamás pudo compensar el transcurso de la existencia, con todos sus abalorios y lentejuelas de falsos valores.

Están rompiendo en armonía estridentemente hermosa, los dones de la naturaleza que llenan nuestros sentidos, para lograr que volvamos a sentir esas canciones tarareadas por la voz del recuerdo. Consiguen con ello que volvamos a sentirnos nuevamente adolescentes, retozones tranquilos, soñadores de vestigios, almas en estado de embriaguez sencillamente enamorada. Y cuando las estrellas aparecen en el atrio de nuestro cielo, los brillos de aque-

llas que se quedaron colgadas, son más rutilantes y hermosas, más llenas de esas cadencias que tuvieron en nuestro ánimo, canciones y danzas de entusiasmo enternecido. Ese es otro de los caminos que trae esta primera facción del año que comenzamos, adornado en sus riberas con esa esperanza intrínseca del fondo de nuestro querer y desear.

Ya estás en plenitudes preciosas, primavera esperada. Ya tienes entre tus atardeceres plácidos y sencillos, la luz infinita de la paz embellecida, la serena música de los pífanos del alma que te anhela, la flor blanca que te lanza el poeta a los pies de tus dulzuras. Goza el pájaro con el gorjeo de su canto, ríen los riachuelos que manan aguas de su gozo, brilla en el albor de la mañana el caudal jacarandoso del río del Sol. Y en nuestro pensamiento hay una voz contenta y alegre que exclama: ¡ya ha llegado la primavera!.

Va integrando la estabilidad de las temporadas, colmando entretiempos, juventudes y adolescencia, mocedades, lozanías; y otro vigor y frescura, producen ese florecimiento y verdor del espíritu



Martín
Giménez
Vecina